

LA CANCION DE NOSOTROS

PEDRO TRIGO

EL ASUNTO

Un prisionero político fugado regresa. Va a la querencia. En el muelle se cruza con dos hombres, un negro inmenso y bondadoso y un petizo de bigote rafo. El exprisionero se encuentra con su antigua amada y tras un baluceo ansioso y tanteante se reanuda la relación. Los dos hombres van borrachos: uno de ellos se iba del país, pero se gastó toda la plata despidiéndose del amigo y ambos vagan sin rumbo. El centro de la novela está ocupado de una parte por los recuerdos del preso y la evocación del martirio de su gran amigo y de la otra por las andanzas de los dos hombres para conseguir algo con qué vivir o al menos para comer de momento.

En ambas peripecias humanas dos hombres se han constituido en humanos frente a la adversidad; en ambas una suerte de trascendencia humana —de algún modo los otros— han actuado en ellos como una fuerza en la debilidad que los ha capacitado para crear un horizonte donde todo parecía acabado. Y la novela acaba con el encuentro de ambos hombres que, consumada su aventura, rehecha su esperanza pueden reconocerse. Antes el negro había encubierto y curado al fugado maltrecho. Fue un impulso semiinconsciente que ahora puede ser plenamente asumido. En total sencillez. Es el comienzo de una nueva aventura, más total.

Sin embargo narrativamente hay una diferencia entra las dos historias: la historia del revolucionario es pasado que se cuenta a la amada reencontrada para compartir de ese modo el tiempo de la separación hasta anudar con el amor primero, para mostrar que no hubo ruptura sino continuidad profunda que acendró el amor. La historia del negro acontece en la novela como un presente azaroso. Creemos que esta diferencia narrativa encierra un sentido.

Así como la lucha del pueblo por sobrevivir es un drama, pertenece al presente, no se decide, es historia abierta, así la lucha revolucionaria pertenecerá a la épica, es el mundo cerrado de los héroes, los traidores, los verdugos y los villanos. El primer mundo fluye, en el segundo está todo decidido y cada uno no tiene sino que cumplir su papel.

EL CODIGO ESTABLECIDO

El periodista acude al ámbito del revolucionario con los ojos vendados, guiado por otro. Es todo un símbolo, más allá de su obvia denotación realista. Desde ese momento todo se desencadenará como un mecanismo. La acción exterior está totalmente prefijada. Por eso la acción se sitúa en el interior del personaje. Es el momento de la prueba. ¿Claudicará? Ya sabemos que no. Por eso la narración no es drama sino una viva profesión de fe humana revolucionaria. Y dentro de su confesión, el recuerdo del amigo revolucionario cruentamente inmolado, pertenece al género de los martirologios. El mártir es el paradigma del revolucionario; su recuerdo robustece al fiel en la prueba. Literatura épica y moral que exalta y conforta.

Lo malo de estas historias es que, como los folletines, están hechas también con la forma de nuestros temores y deseos. La diferencia con las telenovelas está en que aquí los deseos son nobles y heroicos los miedos y padecimientos. Pero, como en aquéllas, todo es de una sola pieza: el reino de la subjetividad pura. Aquí no hay dramatismo porque no hay el difícil quehacerse humano. La prueba es la confirmación del héroe que, por serlo, sale de ella triunfante y es rescatado para la inmortalidad. Por eso, la tendencia del hagiógrafo a insistir en lo terrible de los suplicios, en la entereza del mártir y —como enseñanza para los fieles— en los pensamientos y sentimientos que ocuparon su corazón y lo volvieron invulnerable.

Nos parece muy normal el proceso de apoteosis, un mecanismo típico en situaciones, como la nuestra, de persecución extrema. El problema es que lo que los héroes ganan en estatura y en intensidad lo pagan en unidimensionalidad. Se les llama hombres nuevos, pero creemos que bajo esta dominación se esconde muchas veces un proceso de idealización que distorsiona la novedad real de estos tipos humanos. Hay que insistir con Brecht que la revolución o la hacen los hombres o no la hará nadie. Una revolución de héroes es una revolución inhumana que desemboca en una sociedad de castas, en fascismo.

Existe una dificultad real para captar esos momentos álgidos de la lucha re-

volucionaria sin sacarlos de la historia, del drama, del sano humor del materialismo. Para contar nuestras luchas revolucionarias actuales no hemos encontrado aún un camino adecuado.

LA IMAGINACION CREADORA

La historia del negro grande y del petizo echao pa' lante es de otra índole. Se abre con una tonalidad simbólica, paródica que luego se va llenando de encarnadura humana. Ya los nombres proclaman este propósito ejemplarizador: Buscavida y Ganapán. Como los dúos heráldicos de Merechal, como la Bestia y El Señor Pequeño en Soñé que la nieve ardía.

Están condenados al país, encadenados al barco que se va a pique. Sus afanes por conseguir algo que echarse al coleto acaban en aventuras catastróficas: En el prostíbulo de La Perversa de París, a punto ya de lograr algo, descubre el negro al que desgració a su mujer y ahí se arma la pelea que, como las buenas del oeste, arrasa con el local. Después viene el asalto al cobrador; cuando lo tienen, descubren que es una vieja gloria en bancarrota y con él gastan toda la plata para olvidar / recordar y hasta le regalan el martillo con el que lo iban a golpear. Luego vagan por la playa y emprenden el asalto a un viejo barco encallado —y que del tiempo de la colonia— en busca de algún tesoro. Cuando, tras un fuerte empujón, logran descender a la bodega, cuando palpan las botellas y están a punto de beber —danger dice la etiqueta que ellos creen de vino añejo— el barco resbala, se empina y bruscamente se hunde. Salvados milagrosamente, desde la playa contemplan la ausencia. Al voltearse el negro en busca de una respuesta, descubre que su amigo lo dejó. Y vaga por el barrio residencial hasta que se derrumba desamparado. Le echaron de la fábrica por apoyar a los huelguistas, todo escaseaba y la mujer se le fue, va a despedir al amigo y le arruina el viaje, va por comida al burdel y acaba ajustando cuentas, en el asalto le puede la compasión ¿cómo va uno a rematar lo poco que queda de la gloria que fue?, el tesoro —engañoso— se les hunde. Y ahora le ladra un perro. Se para furioso y el perro huye despavorido. Sale la sirvienta de la casa: la mujer que se le fue. Tanteos esquivos, recriminaciones y finalmente un altercado. Interviene la policía y la pareja se fuga. Como en las grandes producciones americanas, como la fuga del preso. Una fuga victoriosa: el reencuentro.

Indudablemente que no se trata de un realismo convencional, pero tampoco de personajes y acciones demasiado paradigmáticas, diluidos casi en el símbolo. Las acciones no están planteadas y menos resueltas realísticamente, pero la aventura humana sí es verdadera y acontece en la

novela. El negro es indudablemente un héroe que lucha contra la adversidad, derrotado a los enemigos y vence sobre sí mismo. Pero no es un héroe con conciencia de tal. Por eso no pertenece a la epopeya. El se ve como un hombre del pueblo a quien en estos últimos tiempos todo le sale mal, que hace lo que puede y que difícilmente logra mantener un hilito de esperanza. Por eso su ámbito no es lo sublime sino lo tierno. Su subjetividad no se realiza en el diálogo tenso con altas consignas revolucionarias sino en la conversación verídica con la Virgen María. Y lo verídico está en lo insólito de su concepción de la Virgen y en lo natural, lo absolutamente terrenal de un trato que le hace trascender. Creo que esos encuentros encierran lo más original del libro. Y más en general toda esta historia contiene auténtica creación, mientras que en la del revolucionario sólo se da reproducción, altamente moralizante pero tópica, de situaciones y personajes.

UNA PRESENCIA

Las historias convergentes del negro y el revolucionario acontecen en la ciudad. Y en la novela Montevideo es evocada con ternura, con nostalgia. Es esta la tercera cara de la novela: la lírica en forma de elegía. No se trata de una descripción. Montevideo no es un marco sino un personaje evocado en la lejanía, ella es la amada entrañable a la que vuelve irremediablemente el revolucionario, ella es el cuerpo raído y único, amado, que recorre el pueblo. Se describe lo que se ve desde fuera. Este Montevideo que sale de dentro del desterrado se reconoce por tonos, olores, costumbres.

Pero el desterrado no cae en la trampa de la nostalgia que recuerda la ciudad irremediable, la ciudad del ayer, la que bullía. En la novela Montevideo es cantada como es: envejecida, sucia, desamparada. En ella la mera rutina parece milagro. Las voces dicen ausencias: nombran a los que se fueron y al trabajo y al pan, esas quimeras. Y en estas condiciones parece que silba más largo el mar, la noche, la niebla, la lluvia, el desamparo. No es que el autor insista, tan sólo aquí y allá acotaciones breves. Pero logran crear la presencia de la ciudad saqueada en la que campean como zamuros —movimiento de la muerte— los policías.

La canción de nosotros, un valioso eslabón en el difícil aprendizaje de expresar este proceso de crearnos como pueblo, tan esquivo a la escritura como arduo de realizar.

EDUARDO GALEANO: La canción de nosotros. Premio CASA DE LAS AMÉRICAS. Ed. Casa de las Américas, 1975. pgs. 232.

CHILE: ¿TRANSITO A LA DEMOCRACIA POR LA VIA DE LA SOLIDARIDAD?



SERGIO RIVERA

Pareciera que el tiempo de las dictaduras en América Latina se va acortando. Una serie de hechos están determinando que las dictaduras militares vayan perdiendo su base real de poder y se vean, por tanto, obligadas a ir preparando su paulatino retiro del escenario político.

Sin duda hay diferencias entre unas y otras; pero todas cargan sobre sí la culpa de no haber alcanzado el poder por medio del respaldo mayoritario, libremente expresado, del pueblo y de haber usado formas de coacción para neutralizar la acción de sus adversarios políticos. Estas formas de coacción, cuya práctica va desde restricciones menores de libertad hasta la tortura y el asesinato, marca una diferencia substancial en la actitud con la que las dictaduras militares están enfrentando hoy su propio proceso de descomposición. Las más "blandas", sea porque lo fueron desde un principio o porque han desarrollado una mayor apertura, están buscando fórmulas que permitan a los países que gobiernan marchar hacia una relativamente pronta democratización; la que quisieran ver marcada por su sello "institucionalizador", en una esperanza vana de perpetuarse en la historia como los "salvadores del sistema". La más "duras", en cambio, hacen esfuerzos desesperados por mantenerse en el poder, acusando a todo el mundo de agentes del comunismo internacional que buscan la miseria del pueblo, redoblando la represión a niveles que sólo pueden responder a estados mentales paranóicos y buscando la unidad nacional entorno a su "desproyecto político" sobre la base de lo que han dado en denominar "los superiores valores de la patria y de la nacionalidad", conceptos no claramente definidos pero en franca oposición al espíritu latinoamericano que se siente más identificado con la Patria

Continente, soñada por Bolívar.

Entre estas últimas, la Junta Militar que gobierna a Chile ha marcado un triste record: insiste en ser la única alternativa para el país y se aferra a concepciones fascistas, universalmente descalificadas, para lo cual sigue manteniendo una brutal represión como única base de su fuerza política.

No obstante sus esfuerzos por mantenerse en el poder, una serie de factores están concurriendo para determinar su pronta caída. El más importante de ellos es su propia descomposición interna, derivada de su incapacidad para enfrentar los problemas nacionales; incapacidad que se ha expresado en todas las áreas. Así, por ejemplo, ha sido el "Gobierno" que con más recursos externos ha contado, alcanzando un promedio de crédito externo de casi tres millones de dólares diarios desde el 11 de septiembre de 1973 a la fecha; en circunstancias que la Administración Frei, que fue el Gobierno que más crédito externo ha recibido en Chile, jamás llegó en promedio ni siquiera a la mitad de ese monto. El único resultado obtenido de esta afluencia de divisas ha sido elevar la deuda externa pública del país a más de cuatro mil quinientos millones de dólares, cifra sin precedentes, sin que tras ella haya inversiones productivas o de infraestructura que permitan prever un empuje para el desarrollo.

En el orden jurídico institucional, el Gobierno de Pinochet no ha sido capaz de elaborar una "institucionalidad" que fije, dentro de sus concepciones fascistas, la estructura del Estado y del Gobierno. Reuniendo en sí, por autodesignación, los poderes legislativo y ejecutivo y siendo —de igual modo— la expresión de la soberanía del pueblo, la Junta Militar ha caminado sobre errores jurídicos inconcebibles,